

lamardelibros.com

Curiosidades semanales sobre libros

Una noticia sobre libros y autores

FELISBERTO HERNÁNDEZ

UN "RARO" ENTRE SUS CONTEMPORÁNEOS

Un escritor uruguayo entre el modernismo y la vanguardia

Pedidos:

www.lamardelibros.com

Teléfono:

982 166628

676 429694

Felisberto Hernández (Montevideo, 20 de octubre de 1902 - Montevideo, 13 de enero de 1964) fue un compositor, pianista y escritor uruguayo, caracterizado por sus obras, en un principio catalogadas como literatura fantástica, basadas, principalmente, en una reflexión sobre sí mismo.

Su carrera musical



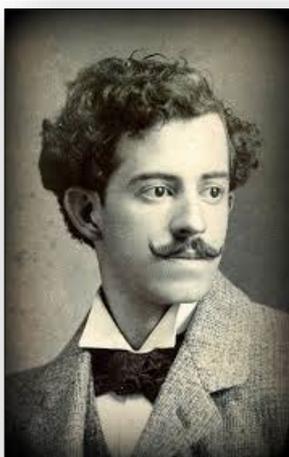
A los nueve años comenzó sus estudios de piano que profundizaría más tarde con el profesor Clemente Colling, quien le enseñó composición y armonía. Debido a dificultades económicas, a los 16 años comenzó a dar clases particulares de piano y a ilustrar musicalmente películas, trabajando de pianista en varias salas de cine mudo. A los 20 años comenzó a dar recitales en los que interpretó también algunas obras de su creación. Tres años

más tarde, tomó clases de piano con Guillermo Kolischer, convirtiéndose en un buen instrumentista.

Hasta 1942 fue pianista itinerante entre Uruguay y Argentina, alternando entre la orquesta del café La Giralda, en Montevideo, como pianista y director de una orquesta en el café-concierto de Mercedes, Teatro Albéniz de Montevideo y Teatro del Pueblo de Buenos Aires.



Su enrevesada vida amorosa



En 1925 contrajo matrimonio con María Isabel Guerra, con quien tuvo su primera hija, Mabel. Se divorciaron en 1935 y dos años después se casó con la pintora Amalia Nieto, con quien tuvo a su hija Ana María al año siguiente.

En 1943 se separó de Amalia y viajó a París, en su momento de mayor esplendor, donde conoció a María Luisa de las Heras (alias de África de las Heras),

española, veterana de la Guerra Civil y agente de la KGB a quien se le encomendó seducirlo. En 1949 se casaron e instalaron en Montevideo, donde ella trabajó como modista y comerciante de antigüedades, actividades que encubrían su red de espionaje. Al año se divorciaron, sin que él supiera el papel que había desempeñado.



Sobre sus complicadas relaciones con las mujeres (se casó cuatro veces), existen dos testimonios de interés: el libro *Felisberto Hernández y yo* de Paulina Medeiros, con quien mantuvo una relación entre 1943 y 1947 tras la cual continuaron escribiéndose, y *¿Otro Felisberto?* de la pedagoga Reina Reyes con quien estuvo sentimentalmente vinculado de 1954 a 1958.



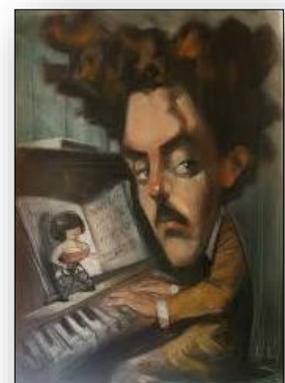
Integró el círculo de amigos que frecuentaban las tertulias en casa de Alfredo y Esther de Cáceres, junto a Carlos Vaz Ferreira, Jules Supervielle, José Pedro Bellán y Joaquín Torres García, entre otros intelectuales y artistas de la época.

Su obra literaria

Comenzó a publicar a los 23 años, aunque en vida sus obras nunca alcanzaron una repercusión masiva. Tras la última etapa como músico itinerante, abandonó la carrera de pianista dedicándose exclusivamente a la literatura.

Se diferencian tres etapas en su producción literaria: desde 1925 a 1941 publica en diarios e imprentas del interior del país, como el *"Libro sin tapas"* (porque no tenía tapas); desde 1941 a 1946, define su estilo humorístico y fantástico en dos extensas narraciones; desde 1947 a 1960, muestra una mirada extravagante en libros como *"Nadie encendía las lámparas"* y *"La casa inundada"*.

Citaba dos nombres recurrentes en sus lecturas: Henri Bergson y Marcel Proust (también a Kafka). Sus cuentos y novelas cortas recrean el mundo de su infancia y juventud, evocan personas que conoció y barrios de



Montevideo. Su narrativa se basa en el recuerdo como motor de la escritura, pero sin seguir la línea proustiana. Una magdalena, una calle, un tren, un piano, pueden encerrar recuerdos y hacer revivir sensaciones. La construcción de gran parte de sus cuentos se apoya en la reivindicación de lo lateral, como en *La cara de Ana*. Una temática recurrente e interesante es el lugar primordial que le dio a los objetos inertes (como sucede en *El vestido blanco*, *Las hortensias* o *El caballo perdido*, entre otros).

Aunque su trabajo de escritor eclipsó su carrera de pianista, su obra entera está impregnada de música, tanto en los temas evocados (un profesor de piano, un recital, un bandoneón), como en la forma de contar, al sugerir emociones con palabras de cierta sonoridad, transformando el sentido de las palabras en función de los sonidos, al construir partes de su relato como variaciones de un mismo tema musical.

Sin embargo, su prosa no es tan límpida como pueden sugerir esas construcciones musicales. Felisberto Hernández fuerza las construcciones gramaticales de un modo tan anómalo como personal para que comuniquen lo que él pretende transmitir.

Esto hizo que relevantes críticos literarios como Emir Rodríguez Monegal lo criticasen muy duramente por la incorrección de su prosa. El análisis crítico de la obra de Hernández se encuentra ligado a su carácter inclasificable. Sus cuentos no poseen la rigurosa economía de Horacio Quiroga, no pretenden la cerebral perfección de Jorge Luis Borges, ni anticipan los relatos de Juan Carlos Onetti. Cortázar en *Historia de cronopios y de famas* y en *Rayuela*, será el único en recoger, al menos en parte, el legado de Hernández.

Para Onetti, quien lo admiraba, su libro más importante fue el autobiográfico *Por los tiempos de Clemente Colling* (1942), más que otros posteriores y famosos, en los que aparecía como más "ingenuo".

Especialista en el ámbito de la narrativa breve, sus obras han sido traducidas, tardíamente, a varios idiomas: alemán, francés, inglés, italiano, griego y portugués. En un viaje a París intentó publicar, sin éxito, pese al apoyo generoso del escritor Jules Supervielle, de origen montevideano. En España se difundió en 1974-1975 gracias al esfuerzo de Cristina Peri Rossi.

Para Julio Cortázar, es rechazable la mera etiqueta de "fantástica" para su obra: "nadie como él para disolverla en un increíble enriquecimiento de la realidad total que no sólo contiene lo verificable sino que lo apuntala en el lomo del misterio". Ha sido considerado un maestro tanto por éste como por Gabriel García Márquez.



La extraña ficción de sus cuentos hace brotar un universo totalmente personal y que no puede ser comparado totalmente con los cuentos más urbanos, más intelectualizados, de Cortázar.

Italo Calvino, quien prologó la versión italiana de *Nadie encendía las lámparas* (*Nessuno accendeva le lampade*, Giulio Einaudi Editore, Turín, 1974), lo definió como "un escritor que no se parece a nadie: a ninguno de los europeos y a ninguno de los latinoamericanos, es un *francotirador* que desafía toda clasificación y todo marco, pero se presenta como inconfundible al abrir sus páginas".

Nadie encendía las lámparas

No hay duda de que los objetos gravitan sobre nuestras vidas, que viven una existencia gregaria pero importante que nos dificulta prescindir de ellos: un reloj, unos muebles, una pequeña figura, unas fotos, unas joyas. Cuando por cualquier desgracia los perdemos, sentimos que algo nuestro se nos ha ido, que esos objetos han vivido una vida paralela a la nuestra desde que los adquirimos, como si con su presencia quisieran decirnos que forman parte de nuestro ser, como si respiraran al mismo ritmo que nosotros.

Muchos de los diez cuentos que Felisberto Hernández imaginó en *Nadie encendía las lámparas* (1947) están contados desde esa vida secreta de los objetos que a veces sospechamos pero no nos atrevemos a confesar. Ahí radica la originalidad de la narrativa del escritor uruguayo: en su excentricidad infrecuente, en su temática extraña e inclasificable, cuyo fondo lo constituye una materia vagorosa y casi inasible, descrita entre vacilaciones y tanteos que en lugar de confundir al lector, lo incitan a seguir leyendo.

Quien se disponga a leer estos fascinantes cuentos tendrá que abandonar todo sometimiento a fórmulas literarias convencionales. Nos damos cuenta de ello al leer *Menos Julia*, donde un hombre invita a un amigo a su finca, donde



dentro de un túnel, completamente a oscuras, hay dispuestos diversos objetos que deben adivinarse tan sólo por el tacto: la piel de una calabaza, unos zapatitos de niño, una máquina de escribir, una vejiga inflada, una caja de botines conteniendo un pollo pelado, objetos quizás fáciles de descubrir con la ayuda de la yema de los dedos, pero que al protagonista le produce

una auténtica devoción tocar todos los días, porque el mayor placer es pensar en esos objetos y en los recuerdos inesperados que le deparan, en los

pensamientos que súbitamente le asaltan al simple tacto, como confiesa en una ocasión: “Apenas empecé a mover el cuerpo en la oscuridad me pareció que iba a tropezar con algo raro, que mi cuerpo empezaría a vivir de otra manera y que mi cabeza estaba a punto de comprender algo importante”.

En otro cuento, *La mujer parecida a mí*, se relatan los recuerdos del



protagonista cuando, durante un verano, tuvo la idea de que en el pasado había sido un caballo. Y así, con un cuerpo de caballo, irrumpe de repente en una

escena de teatro, junto a una muchacha que le toma cariño y ordena que lo lleven a su casa. En aquel verano en el que fue caballo, ese hombre vivirá una preciosa historia de amor, celos y muerte con la chica, que finalmente tiene que vivir el dilema de elegir entre su novio o el caballo.

Que Felisberto Hernández fue escritor y concertista de piano, lo advertimos en algunos de estos cuentos, en los que el protagonista es un pianista que se encuentra envuelto en situaciones incomprensibles: durante un concierto, un gato se sube encima del piano cuando toca una determinada melodía que lleva el nombre de aquel gato; o el pianista es contratado por una mujer soltera para que le amenice las tardes en su casa, mientras ella hace sus labores, y poco a poco, sentando delante del instrumento, va descubriendo que en aquella casa hay muchos secretos escondidos, que la criada tiene un fuerte ascendente sobre todo lo que ocurre entre aquellas paredes, o que la mujer que lo ha contratado se retira todas las noches a su cuarto sin apenas comer y duerme el sueño profundo de quien ha bebido hasta caer muerto.

Y mientras tanto, en todos los cuentos, la presencia de los objetos es inquietante, hasta el punto de que parecen tener vida propia, como ese majestuoso balcón donde una muchacha pasa las tardes enteras mirando hacia la calle y que sigilosamente va tomando aprecio, va entrecruzando su vida a la del balcón, y también algo parecido al amor, que sólo descubrimos demasiado tarde, cuando el balcón se suicida, desplomándose sobre la calle, al advertir que su dama siente una cierta atracción por el pianista que viene a darle lecciones de música.

Se establece un contacto mágico con los objetos, que se vitalizan ofreciendo un misterio que encubre lo trivial o anodino, que adquieren una conciencia propia o atraen irresistiblemente la atención sobre ellos, como ocurre con el acomodador que una noche descubre aterrado que sus ojos proyectan luz

en la oscuridad, como una linterna en el interior de un cine. ¿Cómo podrá aprovechar ese don inaudito una persona que desprecia a todos los que le dan propina en su trabajo, que se siente superior a los demás seres humanos? Pues mirando objetos en la oscuridad, pero no suyos, sino tendido en el suelo de una casa ajena, a la que accede por la noche amenazando al portero, esperando mientras contempla las extrañas vitrinas a que una muchacha bellísima y sonámbula pase por encima de él y le deje como recuerdo un inolvidable perfume y el tacto suave del peinador sobre su cara.

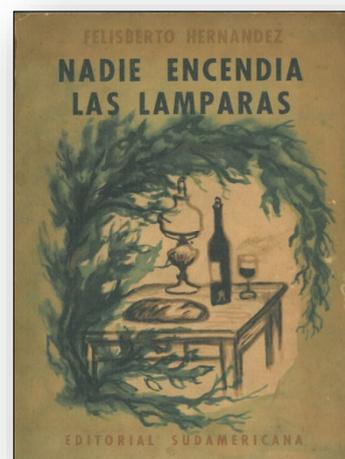
En todos los cuentos hay fuerzas oscuras que obligan a los protagonistas a contradecir lo posible, que los llevan a una dimensión conflictiva y desconcertante, inexplicable, donde conviven con sueños y deseos irreductibles a toda forma de causalidad, que transgreden las normas de verosimilitud de un orden percibido como normal a través de una escritura cuya ambivalencia se fundamenta en el nivel verbal, mediante una sutil alteración del modo de presentar los hechos. Por eso, no es de extrañar que algunos estudiosos consideren que los cuentos de Felisberto Hernández tuvieron una fuerte influencia en la narrativa de Julio Cortázar. Es posible, aunque aún es más cierto aquello que afirmó Italo Calvino sobre sus cuentos: "Felisberto Hernández es un escritor que no se parece a nadie; a ninguno de los europeos y a ninguno de los latinoamericanos".

Esta es la ficha de la obra *Nadie encendía las lámparas* que, en primera edición, ofrecemos esta semana

HERNÁNDEZ, Felisberto. NADIE ENCENDÍA LAS LÁMPARAS. 182 pp.+2 hh. Enc. en tapa blanda de la editorial. PRIMERA EDICIÓN. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1947. **60,00€**

La situación del autor entre Modernismo y vanguardia explica la denominación de "raro" entre sus contemporáneos. Esta obra alberga un conjunto de cuentos en los que narra historias sencillas y elabora una sólida respuesta a los problemas que nos plantea el viejo y renovado anhelo de leer y escribir.

Índice: NADIE ENCENDÍA LAS LÁMPARAS - EL BALCÓN - EL ACOMODADOR - MENOS JULIA - LA MUJER PARECIDA A MÍ - MI PRIMER CONCIERTO - EL COMEDOR OSCURO - EL CORAZÓN VERDE - MUEBLES "EL CANARIO" - LAS DOS HISTORIAS.



Para saber más: www.felisberto.org.uy